



El guardián de la novia

TESS GERRITSEN

Nina Cormier no sabía si debía estar agradecida al destino, a una simple coincidencia o a la suerte. Si su boda se hubiera celebrado, ahora ella estaría muerta, pero gracias a que el novio la había dejado plantada en el altar, la iglesia estaba vacía cuando estalló la bomba. Hasta el momento en el que un desconocido intentó sacarla de la carretera, no se dio cuenta de que alguien quería asesinarla.

Pero ¿quién? Eso era lo que debía averiguar el detective Sam Navarro. Como buen policía, sabía perfectamente que no debía implicarse con la mujer cuya protección se le había encomendado. Sin embargo, como hombre...

Envueltos en aquella pesadilla terrible, Sam y Nina descubrieron la increíble verdad. Estaban a merced de un loco.

1

No había boda. Suspendida. Cancelada. Kaput.

Nina Cormier estaba sentada en la silla del tocador de la iglesia. Se miraba al espejo y se preguntaba por qué no podía llorar. Sabía que el dolor estaba ahí, enterrado, pero no lo sentía, estaba como paralizada. Tan solo era capaz de seguir allí sentada, con los ojos secos, mirándose en el espejo. La imagen perfecta de la novia. El velo de gasa le enmarcaba la cara y el cuerpo del vestido, de raso color marfil con bordado de perlas, dejaba al descubierto sus hombros. Tenía la melena negra recogida en un moño bajo. Todos los que la habían visto esa mañana en el tocador, es decir, su madre, su hermana Wendy y su madrastra, Daniella, habían declarado que estaba muy guapa de novia.

Y, efectivamente, habría estado muy guapa si el novio se hubiera tomado la molestia de presentarse.

Ni siquiera había tenido el valor de decírselo en persona. Después de seis meses de preparativos y soñando con ese día, veinte minutos antes de la ceremonia había recibido una nota. A través del padrino, nada menos.

Nina:

Necesito tiempo para pensar. Lo siento, de verdad. Me marcho unos días fuera, te llamaré. Robert.

Se obligó a releer la nota.

Necesito tiempo... Necesito tiempo...

¿Cuánto tiempo necesitaba un hombre?, se preguntó.

Un año atrás, se había ido a vivir con el doctor Robert Bledsoe. «Es la única forma de averiguar si somos compatibles», decía él. El matrimonio era un compromiso demasiado importante, un compromiso de por vida, y no quería equivocarse.

A sus cuarenta y un años, Robert había cubierto su cupo de fracasos sentimentales. Estaba decidido a no cometer otro error. Quería estar seguro de que Nina era la mujer a la que llevaba esperando toda la vida.

Ella, por su parte, estaba convencida de que Robert era el hombre al que había estado esperando. Tan segura que, el mismo día que le había sugerido que vivieran juntos, ella había hecho las maletas y se había mudado.

—¿Nina? ¡Nina, abre la puerta! —Era su hermana Wendy la que hacía girar el pomo—. Por favor, déjame entrar.

Nina enterró la cabeza entre las manos.

—Ahora no quiero ver a nadie.

—Necesitas estar con alguien.

—Lo único que quiero es estar sola.

—Mira, los invitados ya se han marchado, la iglesia está vacía; yo soy la única que queda.

—No quiero hablar con nadie. Vete a casa, por favor.

Hubo un largo silencio. Luego Wendy dijo:

—¿Estás segura de que no quieres hablar?

—Segura. Te llamaré luego, ¿de acuerdo?

—Si eso es lo que prefieres... —Wendy hizo una pausa y luego añadió, con una nota de veneno perceptible incluso a través de la puerta de roble—. Robert es un idiota. Debería habértelo dicho antes, siempre lo he pensado.

Nina no respondió. Estaba sentada con la cabeza entre las manos y quería llorar, pero no le salía ni una lágrima. Oyó cómo se desvanecían los pasos de Wendy y luego todo quedó en silencio. Nada, ni una lágrima. En ese momento no podía pensar en Robert; en cambio, su mente parecía empeñada en analizar los aspectos prácticos de la

anulación de la boda. La comida que se iba a servir en el banquete y que nadie comería; los regalos que tendría que devolver; los billetes de avión a St. John's Island, sin derecho a reembolso en caso de anulación... Tal vez debiera irse de luna de miel de todas maneras y olvidarse del doctor Robert Bledsoe. Iría por su cuenta, solo necesitaba un bikini. De todo ese doloroso asunto, al menos saldría bronceada.

Levantó la cabeza despacio y volvió a mirarse en el espejo. Tampoco estaba tan guapa, pensó. El lápiz de labios se le había corrido y tenía el moño medio deshecho. Dentro de nada daría pena mirarla.

Sintió una rabia repentina y se arrancó el velo. Las horquillas que lo sujetaban salieron disparadas en todas direcciones y dejaron libre su mata de pelo negro y rebelde. Al diablo el velo; lo tiró a la papelera. Agarró el ramo de azucenas blancas y rosas e hizo lo mismo. Aquello le sentaba bien. La rabia era un potente combustible que corría por sus venas y la impulsó a ponerse de pie.

Salió del tocador arrastrando tras de sí la cola del vestido de novia y entró en la nave de la iglesia.

Los bancos se hallaban desiertos. Sus laterales estaban decorados con claveles blancos y, sobre el altar, esparcidos, había pétalos de rosa. Un escenario precioso para una boda que no se celebraría. Sin embargo, Nina apenas reparó en el conseguido trabajo de la florista. Pasó a toda prisa delante del altar y avanzó por el pasillo central, directa hacia la puerta. Huía. Ni siquiera la detuvo la voz preocupada del reverendo Sullivan, que la llamó varias veces. Dejó atrás los adornos florales de ese día tan desastroso y empujó la puerta doble.

Allí, en lo alto de los escalones de la iglesia, se detuvo. El sol de julio la deslumbró y, de pronto, cayó en la cuenta de lo llamativa que resultaría una mujer sola, vestida de novia, intentando parar un taxi. Entonces, paralizada y envuel-

ta en la potente luz de la tarde de verano, notó las primeras lágrimas.

Ay, no, Dios. Iba a echarse a llorar allí mismo, en la puerta de la iglesia, a la vista de todos los malditos coches que pasaban por la avenida Forest.

—¿Nina? Nina, cariño.

Se dio media vuelta. El reverendo Sullivan se hallaba un escalón por encima de ella y la miraba con cara de preocupación.

—¿Puedo hacer algo? Lo que sea... —preguntó—. Si quieres, entramos y hablamos de lo que ha pasado.

Ella meneó la cabeza con tristeza.

—Quiero marcharme de aquí. Por favor, es lo único que quiero.

—Claro, claro —el reverendo la tomó del brazo con gentileza—. Te llevaré a casa.

Bajaron los escalones y el reverendo la guio al aparcamiento. Ella se recogió la cola, que ya estaba sucia de tanto arrastrarla, y se metió en el coche. Se sentó y colocó todos esos metros de raso en su regazo.

El reverendo Sullivan se sentó al volante. Dentro del coche hacía un calor tremendo, pero no puso en marcha el motor, sino que se quedó un momento callado. Era un silencio incómodo.

—Ya sé que es difícil entender cuál puede ser el propósito de Dios al permitir que haya ocurrido lo de hoy —dijo despacio—, pero seguro que hay una buena razón, Nina. Tal vez ahora no puedas entender cuál es. En realidad, tal vez pienses que el Señor te ha vuelto la espalda.

—Es Robert el que me ha vuelto la espalda —dijo. Sorbió unas lágrimas y se limpió la cara con una esquina limpia de la cola del vestido—. Me ha dado la espalda y ha echado a correr como alma que lleva el diablo.

—Es normal que los novios tengan sentimientos ambiguos. Estoy seguro de que para el doctor Bledsoe esta boda representaba un gran paso...

—¿Y para mí qué era?, ¿un paseo?

—No, no me has entendido...

—Por favor —ahogó un sollozo—. Solo quiero que me lleve a casa.

Meneando la cabeza, el reverendo metió la llave en el contacto.

—Lo único que quería explicarte, cariño, me doy cuenta de que con torpeza, es que no es el fin del mundo. La vida es así, el destino nos sorprende siempre con crisis inesperadas y cosas que nos caen como llovidas del cielo.

De repente, una ensordecedora explosión sacudió la iglesia y los cristales de colores de las vidrieras estallaron en mil pedazos y quedaron esparcidos por el aparcamiento. Sobre ellos cayó una lluvia de misales retorcidos y trozos de banco.

A medida que el humo blanco se iba aclarando, Nina vio una nube de pétalos que descendía lentamente por el aire hasta posarse con levedad sobre el parabrisas, ante los atónitos ojos de reverendo Sullivan.

—Llovidas del cielo —murmuró Nina—. Desde luego, no podría haberlo expresado mejor.

—Ustedes dos, sin duda, se merecen el título de inútiles del año.

Sam Navarro, detective de la policía de Portland, estaba sentado sin parpadear al otro lado de la mesa, justo enfrente de un más que disgustado Norm Liddell. Eran cinco los hombres sentados en la sala de reuniones de la jefatura, y no sería él quien diera a aquella prima donna la satisfacción de acobardarlo en público. Tampoco iba a refutar las acusaciones, puesto que era cierto que habían metido la pata hasta el fondo. Gillis y él habían metido la pata y ahora había un policía muerto. Un idiota, pero policía al fin y al cabo. Uno de los suyos.

—En nuestra defensa —dijo el compañero de Sam, Gordon Gillis—, debo decir que no dimos permiso a Marty Pickett para que se acercara al lugar. No teníamos ni idea de que hubiera cruzado el cordón policial...

—Eran los encargados de la situación —dijo Liddell—, eso los convierte en responsables.

—Un momento —respondió Gillis—. El agente Pickett también tuvo algo de culpa.

—Pickett era un novato.

—Debería haber seguido el protocolo previsto en estos casos. Si hubiera...

—Cállate, Gillis —dijo Sam.

Su compañero lo miró.

—Sam, estoy tratando de defender nuestra posición.

—No nos beneficia. Es obvio que somos la cabeza de turco de esta historia —Sam se apoyó en el respaldo de su silla y miró a Liddell—. ¿Qué quiere, señor fiscal, un apaleamiento público?, ¿qué dimitamos? —preguntó a Liddell.

—Nadie os está pidiendo que dimitáis —intervino su jefe, Abe Coopersmith—. Esta discusión no lleva a ninguna parte.

—Habrá que tomar alguna medida disciplinaria —advirtió Liddell—. Tenemos un policía muerto...

—¿Cree que no lo sé? —replicó Coopersmith—. Yo soy el que tuvo que responder a las preguntas de la viuda, para no hablar de esos chupasangres de los periodistas... Así que no hable de «nosotros» y «vosotros», señor fiscal. El muerto era uno de los «nuestros»; un policía, no un abogado.

Sam miró a su jefe sorprendido. Tener a Coopersmith de su parte era una experiencia novedosa. El Abe Coopersmith que él conocía era hombre de pocas palabras y, menos aún, de cumplidos. Su repentina solidaridad se debía a que Liddell los había tomado a todos a contrapelo. Bajo el fuego enemigo, los policías siempre formaban una piña.

—Volvamos al asunto que nos ocupa, ¿de acuerdo? —dijo Coopersmith—. Hay un tipo suelto en esta ciudad que se dedica a poner bombas. ¿Qué sabemos hasta ahora? —Miró a Sam, que era el jefe de la recientemente resucitada brigada de Explosivos—. ¿Navarro?

—No mucho —admitió Sam. Abrió la carpeta que tenía delante y sacó unos papeles. Distribuyó copias a los cuatro hombres sentados a la mesa: Liddell, Coopersmith, Gillis y Ernie Takeda, el experto en explosivos del laboratorio de criminalística del estado de Maine—. La primera explosión se produjo en torno a las dos y cuarto de la madrugada. La segunda, a las dos y media. Fue esta última la que voló el almacén de R. S. Hancock. Produjo también daños menores a dos edificios adyacentes. El vigilante nocturno fue el que dio la voz de alarma. Se fijó en que la entrada había sido forzada y registró el edificio. Habían dejado la bomba encima de un escritorio, en las oficinas. Avisó a la policía a la una y media. Gillis llegó al lugar las dos menos diez y yo, a las dos. Acoronamos la zona y, justo cuando acababa de llegar el contenedor de explosivos, se produjo la primera explosión. Quince minutos después, antes de que pudiéramos registrar el edificio, explotó el segundo artefacto y mató al oficial Pickett —Sam miró a Liddell, pero, en esa ocasión, el fiscal del distrito mantuvo la boca cerrada—. La dinamita era de la marca Dupont.

Se hizo un breve silencio. Luego Coopersmith habló.

—¿Del mismo lote que las dos bombas del año pasado?

—Es muy probable —respondió Sam—. Ese lote es el único gran robo de dinamita del que tenemos constancia en esta zona en los últimos años.

—Pero las explosiones de Spectre se resolvieron hace un año —intervino Liddell—. Y sabemos que Vincent Spectre está muerto. Así que ¿quién ha fabricado estas otras bombas?

—Tal vez estemos ante un discípulo de Spectre. Alguien que no solo ha aprendido la técnica de su maestro sino que

tiene acceso a la dinamita.

—No puede asegurar que la dinamita proceda del mismo lote —dijo Liddell—. Puede que no haya relación entre estas explosiones y las bombas de Spectre.

—Me temo que tenemos un indicio que apunta con fuerza en ese sentido —miró a Ernie Takeda—. Adelante, Ernie.

Takeda, quien no se sentía cómodo hablando en público, mantuvo los ojos fijos en el informe de laboratorio que tenía delante.

—Basándonos en los materiales que recogimos en lugar de los hechos —dijo—, podemos formular una hipótesis preliminar sobre el mecanismo del artefacto. Opinamos que el dispositivo fue activado a través un circuito de efecto retardado, que hizo explotar la dinamita mediante un detonador Prima. Los cartuchos estaban sujetos con cinta aislante verde de cinco centímetros de anchura —Takeda se aclaró la garganta y levantó la vista del papel—. Es un circuito idéntico al último que usó Vincent Spectre en las bombas del año pasado.

Liddell miró a Sam.

—¿El mismo circuito y el mismo lote de dinamita? ¿Se puede saber qué está pasando aquí?

—Está claro —dijo Gillis— que Vincent Spectre enseñó a alguien sus habilidades antes de morir. Ahora tenemos entre manos a una segunda generación.

—Lo que todavía debemos determinar —dijo Sam— es el perfil profesional y psicológico del neófito. Spectre trabajaba a sueldo, a sangre fría. Lo contrataban para determinados trabajos y él los ejecutaba, bang, bang, bang. Con eficacia. Todavía está por saber el patrón que siguen las explosiones del nuevo.

—Lo que está diciendo —habló Liddell— es que están esperando que explote la siguiente bomba.

Sam asintió con gesto cansado.

—Por desgracia, eso es lo que trato de explicar.

Llamaron a la puerta y una policía vestida de uniforme asomó la cabeza dentro de la sala.

—Lo siento. Hay un aviso para Navarro y Gillis.

—Ya voy yo —anunció Gillis. Se levantó trabajosamente de la silla y fue hasta el teléfono que había en la pared.

Liddell seguía mirando a Sam.

—Así que esto es todo lo que puede hacer el mejor equipo de Portland: esperar a que estalle otra bomba para determinar el «patrón» y entonces, tal vez, solo tal vez, tener una idea de qué demonios hacer.

—Hacer estallar una bomba, señor Liddell —dijo Sam con calma— es un acto de cobardía. Es un acto violento cometido en ausencia de que quien lo perpetra. Repito la palabra: «ausencia». No tenemos huellas dactilares, ni testigos, ni un carné de identidad ni...

—Jefe —interrumpió Gillis, y colgó el auricular—. Acaban de informar de otra explosión.

—¿Qué? —dijo Coopersmith.

Sam ya se había puesto en pie y se dirigía hacia la puerta.

—¿Dónde ha sido esta vez? —preguntó Liddell—. ¿Otro almacén?

—No —respondió Gillis—. Una iglesia.

Cuando Sam y Gillis llegaron a la iglesia del Buen Pastor, la zona ya estaba acordonada. Había mucha gente arremolinada en la calle, frente al edificio. En la avenida Forest habían estacionado como habían podido tres coches patrulla, dos camiones de bomberos y una ambulancia cerca de la entrada principal de la iglesia, o de lo que quedaba de ella. La puerta, arrancada de cuajo de sus goznes, había ido a parar a los pies de la escalera. Había cristales por todas partes y, en la acera, el viento jugaba con las hojas de papel biblia de los misales, que formaban remolinos, como si fueran hojas caídas de otoño. Gillis soltó una maldición.

—Esta era una gorda.

Cuando se acercaban al cordón policial, el oficial a cargo se giró hacia ellos y, al verlos, puso cara de alivio.

—¡Navarro! Bienvenido a la fiesta.

—¿Hay víctimas?

—No que sepamos. La iglesia estaba vacía en ese momento. De milagro. Había una boda programada para las dos, pero se suspendió a última hora.

—¿Quién se casaba?

—Un médico. La novia está sentada en el coche patrulla. El párroco y ella presenciaron la explosión desde el aparcamiento.

—Luego hablaré con ella —dijo Sam—, no la dejes marcharse. Ni al cura tampoco. Voy a registrar el edificio por si han dejado otro artefacto.

—Tú lo harás mejor que yo.

Sam se puso un traje de protección de nylon con refuerzos de placas de acero. Llevaba una máscara protectora en la mano, para ponérsela en el caso de descubrir un segundo artefacto. Un artificiero ataviado con el mismo equipo aguardaba en la entrada principal, esperando la orden de entrar. Gillis esperaría fuera cerca del contenedor; su papel, en esa ocasión, sería tener listo el portaexplosivos.

—Adelante —dijo Sam al artificiero—, vamos.

Los dos cruzaron juntos el umbral.

Lo primero que notó Sam fue el olor, fuerte y levemente dulce. Dinamita, pensó. La fuerza de la explosión había empujado hacia atrás los bancos del fondo. Los que estaban delante, cerca del altar, habían quedado reducidos a astillas. No quedaba una vidriera en pie y, por las ventanas de la fachada sur, se filtraba la luz del sol.

Sin cruzar palabra, Sam y el artificiero se separaron y empezaron a avanzar cada uno por un lado de la nave. Luego se efectuaría un registro en profundidad del edificio; ahora su único propósito era localizar una segunda o tercera bomba. La muerte de Marty Pickett todavía pesaba so-

bre la conciencia de Sam, y no tenía intención de dejar que ningún policía entrara en el edificio hasta que confirmara que no había peligro.

Los dos hombres se movían en paralelo y recorrían la nave con los ojos atentos a cualquier objeto que pareciera un artefacto explosivo. A medida que avanzaban, los daños aumentaban y el olor a dinamita se hizo más fuerte. Se estaban acercando, pensó Sam. La bomba que había estallado la habían colocado por allí...

Delante del altar, en el punto donde debía de haber estado la primera fila de bancos, encontraron el cráter. Tendría unos noventa centímetros de ancho; la explosión había arrancado la moqueta, pero apenas había astillado el hormigón de debajo. Un cráter poco profundo era característico de una carga de baja velocidad, es decir, tal vez dinamita.

Luego examinaría a fondo el lugar. Prosiguieron la búsqueda. Terminaron con la nave central y continuaron con las laterales, el tocador y la sacristía. Ni rastro de otro artefacto. Pasaron al anexo y examinaron las oficinas, las salas de reuniones y la de la catequesis dominical. Ni rastro de bombas. Salieron por una puerta trasera y continuaron examinando las paredes del exterior. Ni rastro de bombas.

Satisfecho, Sam regresó por fin al cordón policial, donde lo estaba esperando Gillis. Allí se quitó el traje protector.

—El edificio está limpio —anunció—. ¿Tenemos ya a los de criminalística?

Gillis señaló con la cabeza a los seis hombres reunidos cerca del contenedor de explosivos. Había dos policías de uniforme y cuatro técnicos de la policía científica. Todos llevaban en la mano bolsas vacías para reunir posibles pruebas.

—Están esperando que les demos la orden.

—Que pase primero el fotógrafo y luego que entre el resto del equipo. El cráter está delante, en la primera fila

de bancos, a la derecha.

—¿Dinamita?

Sam asintió.

—Si mi nariz no me engaña —se giró y miró a la multitud de curiosos—. Voy a hablar con los testigos. ¿Dónde está el párroco?

—Se lo acaban de llevar a Urgencias. Dolor en el pecho. El stress.

Sam exhaló un suspiro de exasperación.

—¿Ha hablado alguien con él?

—El policía de la patrulla. Tenemos su declaración.

—De acuerdo —dijo Sam—. Me imagino que eso me deja solo a la novia.

—Sigue en el coche patrulla. Se llama Nina Cormier.

—Cormier.

Se agachó para pasar por debajo de la tira amarilla del cordón policial y se abrió paso entre los curiosos. Sus ojos revisaron los coches patrulla y distinguió una figura sentada en el asiento delantero de uno de ellos. Fue hacia allí. La mujer no se movía, tenía la vista fija, clavada hacia delante, como si fuera un maniquí en el escaparate de una tienda de vestidos de novia. Él se inclinó y dio unos golpecitos en el cristal.

La mujer se giró y sus grandes ojos oscuros lo miraron a través de la ventanilla. A pesar de que se le había corrido el rímel, tenía una cara francamente bonita, suavemente redondeada. Sam le indicó mediante gestos que bajara el cristal y ella lo hizo.

—¿Señorita Cormier? Soy el detective Sam Navarro, de la policía de Portland.

—Quiero irme a casa —dijo ella—. Ya he hablado con un montón de policías. Por favor, ¿puede llevarme a casa? No le pido nada más.

—Primero tengo que hacerle unas pocas preguntas.

—¿Pocas?

—Bueno —admitió—, más bien muchas.

Ella suspiró. Hasta entonces Sam no se había fijado en la fatiga que mostraba su rostro.

—Si contesto a todas sus preguntas, detective, ¿me dejará irme a casa?

—Prometido.

—¿Y usted cumple lo que promete?

Él asintió con gravedad.

—Siempre.

Ella bajó la vista a las manos, entrelazadas en el regazo.

—Ya —murmuró—. Los hombres y sus promesas.

—¿Cómo dice?

—No importa.

Él rodeó el coche, abrió la puerta y se sentó en el asiento del conductor. La mujer no dijo nada; se quedó callada. Parecía que iba a desaparecer, succionada por todas esas capas de raso blanco. El peinado se le estaba deshaciendo y unos mechones de pelo negro, sedoso, le caían por los hombros. No era, para nada, la imagen de la novia feliz, pensó Sam. Parecía aturdida y muy sola.

¿Dónde se había metido el novio?

Reprimió una instintiva oleada de simpatía, sacó su libreta de notas y pasó rápidamente las hojas hasta dar con una en blanco.

—¿Puede darme su nombre y dirección?

La respuesta fue apenas un suspiro.

—Nina Margaret Cormier. Ocean View Drive trescientos dieciocho.

Él tomó nota; luego la miró. Ella seguía con la vista clavada en el regazo.

—Muy bien, señorita Cormier. ¿Por qué no me cuenta exactamente lo que ha sucedido?

Ella quería irse a casa. Llevaba una hora y media sentada en ese coche patrulla, había hablado con tres policías distintos y respondido a todas las preguntas. Su boda se había ido al garete, estaba viva de milagro y, en la calle, ha-